

## CIRUGIA PLASTICA

Volumen  
Volume 11

Número  
Number 3




Septiembre-Diciembre  
September-December 2001

*Artículo:*

### Editorial

Derechos reservados, Copyright © 2001:  
Asociación Mexicana de Cirugía Plástica, Estética y Reconstructiva, AC

**Otras secciones de  
este sitio:**

-  [Índice de este número](#)
-  [Más revistas](#)
-  [Búsqueda](#)

***Others sections in  
this web site:***

-  [Contents of this number](#)
-  [More journals](#)
-  [Search](#)



[www.medigraphic.com](http://www.medigraphic.com)

“...vale más la belleza con imperfección,  
que la perfección sin belleza...”

*Jesús “Chucho” Reyes.*

La humanidad ha tendido siempre hacia la belleza, pero para cada época y cada pueblo este concepto ha significado cosas muy diferentes. ¿Qué es ese concepto esotérico, subjetivo y complicado de la belleza?

Si los conceptos de cultura y civilidad han evolucionado con los siglos, los de belleza lo han hecho últimamente con las décadas y hasta con los lustros. Así como no hay una verdad permanente, tampoco hay una belleza permanente, definitiva y válida para todos. Para la gente de aquí o allá hay bellezas de aquí o allá en un determinado momento histórico, pero si las diferentes concepciones sobre la cultura y civilidad han originado guerras y exterminios, las diferentes formas de entender la belleza deberían originar un enriquecimiento general, si fueran sabia y críticamente asimiladas, lo que por desgracia no siempre ha ocurrido.

La estética, entendiéndose como belleza, pertenece al reino de lo subjetivo, de lo no necesariamente lógico o racional; por ello deberían caber tantas posiciones estéticas como individuos existen, todas con un legítimo derecho. Es más, como el fenómeno estético es resultado de un condicionamiento, de un aprendizaje, es un producto cultural. Cada cultura ha tenido y tiene ciertos patrones estéticos que los defiende y transmite por la educación. Pero cuando dos culturas se confrontan y tienen que convivir, se suscita un problema, el que ocurría antaño, cuando alguna etnia con diferente civilización invadía o conquistaba a otra.

El florecimiento inaudito de los medios de comunicación e intercambio de conocimientos, que ha convertido al mundo en la “aldea global”, ha hecho que todas las culturas, en todo momento y lugar, coexistan, convivan y generen con ello las crisis de identidad cultural que caracteriza nuestra época. Remarcando que la concepción estética y la imagen que cada pueblo tiene de sí mismo, forma parte muy importante de ese concepto de identidad.

Si viviéramos en la utopía de un mundo de intercambios justos e igualitarios entre todos los pueblos,

estas crisis no tendrían la importancia capital que tienen en el mundo real en que vivimos, un mundo de colonizadores y colonizados, de dominadores y dominados, de súper desarrollados y subdesarrollados, un mundo de primera y uno de segunda. Los pueblos y culturas hegemónicos siempre han completado su dominio y lo han hecho perdurable mediante la imposición de sus valores culturales, lo que necesariamente implica la negación u ocultamiento de los valores culturales de los dominados. Generalmente el vencedor ha impuesto sus valores, a pesar del trasvase mayor o menor, en sentido contrario de los valores del vencido. La conquista de Norteamérica es el mejor ejemplo de una casi aniquilación de la cultura y pueblo vencido para reemplazarla por la del vencedor, esta imposición se hizo como consecuencia de un acto deliberado, y hasta cruento, de una cultura sobre otra. En cambio, la conquista de Hispanoamérica se efectuó con el intento de imposición de la cultura del vencedor, pero únicamente el intento, que al fin y al cabo terminó en una mezcla de culturas, que dio nacimiento a una nueva civilización. Con el auge de la tecnología (sobre todo en la comunicación) la hegemonía va haciéndose indiscutiblemente sin imposición, se va tornando casi automática, sin esfuerzo, persuasiva de por sí..., inevitable. Los medios masivos de comunicación nos bombardean en todo momento y desde todos los ángulos con los valores del Imperio, casi sin intención, y no sólo con nuestra aceptación resignada, sino lo que es más grave, hasta con nuestra complacencia.

El concepto de belleza del cuerpo humano, particularmente del rostro, es uno de esos valores culturales. El nuestro, que proviene de un mestizaje, de por sí mal definido por ser mezcla caucásica, amerindia y en ocasiones africana, se ve cada día sometido al condicionamiento reflejo y subliminal de los modelos sajones que nos proponen constantemente la televisión, cine, revistas, etc.

¿Será una actitud moral seguirle el juego al sistema Imperial y someternos a esa suplantación de valores, a esa negación de cultura que constituye parte intransferible de nuestro propio ser? Creo que la respuesta cae por su propio peso, de tal manera que la pregunta podría resultar innecesaria. Pero no lo

es, y no lo es porque algunos de los cirujanos plásticos de nuestra cultura están coadyuvando con su práctica quirúrgica a esa sustracción de nuestra imagen cultural. Puede ser que actúen influidos por los deseos y expectativas del cliente; más esto no justifica que el cirujano plástico, de larga formación científica, ética y cultural, moralmente no oriente y aconseje al paciente. Porque inclusive existe otro argumento, que por sí solo debería bastar, si es que para los pragmáticos clientelistas el primero no fuera suficiente: el resultado casi siempre es catastrófico. En un rostro mestizo de altos pómulos, maxilar prominente y mandíbula fuerte la naricita respingada y corta se revela como un pegote inarmónico y absurdo. Ni el mismo despistado y manipulador cliente quedará conforme con el resultado, a menos que esté huérfano de autocrítica y de un espejo. Es totalmente falsa la afirmación difundida repetidamente en los medios de comunicación, de que la cirugía estética tenga como finalidad, en nuestro medio, el cambiar las facciones étnicas a sus solicitantes. Si la cirugía plástica pretendiera esto debería ignorar un hecho innegable: en los países sajones, es la raza blanca la que más utiliza los servicios de la cirugía estética; si sus caracteres antropológicos fueran aceptados universalmente como "el ideal", en-

tonces debería suceder lo contrario; obviamente no nos referimos a la cirugía para aminorar los signos del envejecimiento. Lo que debemos buscar, quienes no nos hemos dejado marear por las demandas de una mercadotecnia deformada, es lograr una cierta armonía y proporción, un equilibrio entre los rasgos y facciones de los pacientes, pero siempre dentro del marco de sus características antropométricas.

¿Acaso hay un mejor ejemplo de lo que no se debe hacer, que la imagen de aquel andrógino, híbrido desrazado a base de bisturí y despigmentaciones, que actualmente no es negro, ni blanco, ni gris, que acumula millones por la carencia de cultura musical de los adolescentes?, ¿hacia eso queremos llegar?, es evidente que no. Ya es hora de que en el criterio de los cirujanos estéticos de esta parte del mundo, en que nuestros ancestros ya tenían culturas milenarias cuando en otros lados eran tribus nómadas, priven la conciencia ética y el sentido estético sobre el interés comercial.

El doctor Mario González Ulloa solía repetir: "...para crear belleza, primero hay que conocer la belleza... pero la belleza del oriental, del africano, del árabe, del chontal, del cora, etc."

Dr. Ramón Cuenca-Guerra